

...sación con P. Fulgencio. Arabesco lógico. ("Los Lunes de El Financiero", Madrid, 8 febrero 1915). O.C. C. no 1X



Una conversación con Don Fulgencio

ARABESCO LOGICO

Encontré a Don Fulgencio Entrambosmares del Aguilón—a quien mis doctores conocen, sin duda, por mi «Amor y Pedagogía»—ocupado en sus combinaciones, permutaciones y barajeos de siempre, jugando a las ideas; pero con más pasión cada vez. Porque es indecible el congojoso anhelo que en semejante juego pone mi Don Fulgencio. Me habló de un cierto sujeto, y yo, con gesto y tono desdenoso, le dije:

—¡Bah! ¡No existe!

—¿Cómo que no existe?—me preguntó Don Fulgencio.

—Bueno; es como si no existiera...

—¡Es como si no existiera!...—dijo silabeando cada palabra de mi frase—. A ver, a ver, Miguelito; ¡explicatel! ¿Qué quieres decir con eso?

—Pues mire usted, Don Fulgencio—le dije—; solemos decir de uno que no existe para dar a entender que es como si no existiese, que carece de toda importancia; que ni añade ni quita nada a lo que hay, y que se puede morir sin haber dejado hueco alguno en la Historia. Y por cierto conocí un cierto periodista provinciano que cuando moría alguien solía decir: «Bueno; jese ya pasó a la Historia», tomando por historia al olvido.

—Y acaso no le faltaba razón...—murmuró como para sí mismo Don Fulgencio.

—Y el caso es—proseguí, como si no le hubiese oído—que quien pasa a la Historia, en realidad no muere; más bien nace.

—¿Lo crees así, Miguelito? ¿Es que lo dices para ver si te lo crees?

—La verdad, amigo Don Fulgencio...

—¡Déjale en paz a la verdad!

—Pues el caso es...

—El caso es—me interrumpió—que la historia se hace tanto con el olvido como con la memoria. ¡Desgraciado del hombre que no sabe recordar! ¡Desgraciado del hombre que no sabe olvidar! ¡Desgraciado del pueblo que no sabe recordar! ¡Desgraciado del pueblo que no sabe olvidar! No caben memoria ni recuerdo sin olvido; quien no sabe olvidar no sabe recordar. ¿No has oído nunca esa expresión, tan corriente entre nosotros, de «por un olvido involuntario»?... Tú te habrás dicho alguna vez que eso de un olvido involuntario es un absurdo; que no se olvida porque se quiere, y que los llamados olvidos voluntarios no son tales olvidos.

—Sí que me lo he dicho—le dije.

—Pues bien; ¡no! En esa expresión hay, como en todas las que logran curso, aun en las al parecer más absurdas, su sentido. Hay quienes olvidan sin querer, y hay quienes quieren olvidar y lo consiguen. Y los olvidos terribles son los involuntarios. Pero volvamos a lo del principio, y dime: ese sujeto de quien dices que no existe, ¿qué es lo que hace para no existir? Porque es una dicha, acaso, lograr vivir sin existir.

—Pues no hace nada—le dije—, y por eso no existe. O lo que hace, o cree hacer, es como si no lo hiciera.

—En efecto; el que no hace nada no existe. Pero dime tú, el lingüista, ¿de dónde viene ese término de «existir»?

—Usted lo sabe tan bien como yo, don Fulgencio. Existir, del latín «ex-sistere», significa estar, «sistere», fuera de sí, «exo». Y no se existe sino para los demás...

—Y a ser o estar para sí mismo, ¿cómo le llamaríamos, dime?

—Pues... ¡«in-sistere»!—le dije.

—¡Ah! ¡Ya diste en el clavo! Así como lo correspondiente a excluir es incluir, y a exportar es importar, y a extender es entender, así lo correspondiente a existir es insistir. Y me parece que al decir de ese sujeto que no existe quisiste decir que no insiste... ¿No es así?

—Hombre...—empecé a decirle, porque me estaba ya confundiendo con sus juegos de palabras e ingeniosidades verbales, a que llama lógica.

—Pues mira, el que no insiste es como si no existiera. Hay que pesar, no te quepa duda, hay que pesar. Y si quieres existir de venas, insiste, insiste. La insistencia es la condición fundamental de la verdadera existencia, es el principio de la gravedad espiritual. Y de esos de quienes tú dices que no existen ¿sabes lo que suelo yo decir? Pues que están huecos por dentro.

—Claro que será por dentro—exclamé sonriendo—; no van a estar huecos por fuera.

—Pues te equivocas, Miguelito, te equivocas, y yo te demostraré alguna vez que hay quien está hueco por fuera y no por dentro, quien lo está por dentro y no por fuera y quien lo está por dentro y por fuera, a pesar de lo cual existe, es decir, es causa de una sensación nuestra. Y te demostraré que hay quienes tienen el alma cóncava y otros la tienen convexa.

—Pues no hay sino darle media vuelta al alma—le dije—y de cóncava se trueca en convexa o viceversa.

—¡Ay, ay, ay! ¡Qué fáciles ves las cosas! ¡Qué fácil te parece convertir a la piel en estómago o al estómago en piel! ¡Sin duda, te crees que el alma es un calcetín, o una blusa, o una capa!

—Bueno. Y de todo esto, ¿qué sacamos en limpio, amigo Don Fulgencio?

—¡Adiós, ya salió aquello! Si has de venirme con esas andróminas de sacar en limpio o en sucio, lo mejor es que te vayas y me dejes en paz. Eso de sacar en limpio es una de las mayores vaciedades de los hombres prácticos. Y lo que hay que hacer con ellos es dedicarse a meterles en sucio. Para lo cual no está de más que cuando estés digiriendo algún manjar fuerte y sea tu digestión difícil, dispéptica que dicen los técnicos, desahogues tus flatulencias junto a ellos y que huelan a eso... a huevos podridos...

—Pero, Don Fulgencio, eso es una grosería...

—No hagas caso de groserías. El que huya de groserías jamás conocerá la vida. Y hace falta oler a eso, a flato, a mala digestión; no basta oler a sudor. El sudor es cosa de fuera, de la piel, convexa; el flato es cosa de dentro, del estómago, cóncava. La existencia huele a sudor; pero la insistencia huele a flato.

—Y por eso huye de ella la gente—le dije.

—¡Claro está!—me replicó—. Como que la gente huye de sí misma. Oler a sudor es oler a muchedumbre, a rebaño, a pueblo.

—Y lo otro... ¿no?—le pregunté.

—Mira—añadió sin responder a mi pregunta—: tú sabes aquello de «comerás el pan



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



con el sudor de tu frente», ¿no? Pues hay una maldición o bendición, no lo sé bien, más agorera que esa, y es la que dice: «Digerirás el pan con los retortijones de tu vientre.» Y aplica eso al pan intelectual, a las ideas. Hay quien come su pan espiritual, sus ideas, con el sudor de su frente, con estudio; pero si las quiere digerir, si quiere asimilarlas, tiene que ser con los retortijones de su conciencia, con flatos espirituales. Idea que no duele no vale la pena de apropiársela. Donde no duele no hay trabajo; no es más que fuego. Y por eso hay quien dice que estudia y es como si no estudiara, porque no siente el dolor de la digestión...

—¿Pero es que olvida usted, Don Fulgencio, que hay digestiones fáciles, sin retortijones ni flatos, hasta placenteras?...

—¿Después de la caída? ¡No! Y mira, te voy a revelar todo el secreto; acércate.

Me acerqué a él, esperando una de sus muchas mixtificaciones. Y me dijo:

—Lo perfecto es el canibalismo, créeme, la antropofagia. El hombre no puede vivir sino de hambre. La más viva expresión de carnisismo es: «¡Te comeré!» Ya sabes en qué sacramento culmina la piedad. Sólo que hoy no nos comemos ya las carnes; pero podemos y debemos comernos las almas. Que son, te lo aseguro, de dolorosísima digestión. Aliméntate de ellas y da la tuya en alimento. Insiste, hombre, insiste; ¡insista si quieres existir de veras!

Cuando salí de casa del gran mixtificador Don Fulgencio, autor del «Ars magna combinatoria», iba pensando en el autocanibalismo, en la autofagia o egofagia. Y sentí un violento mal de tripas y un nudo en la garganta.

Miguel de UNAMUNO

